

Ignacio Reyó

FREDDIE MERCURY

*Realidad y deseo*

## ÍNDICE

### Prólogos

<i>Certero ataque al corazón</i> , por Michael Monroe .....	11
<i>Una noche en la ópera</i> , por Wayne Hussey .....	12
Breaking Free, por May Gañán .....	14
Capítulo 1. <b>Escrito en las estrellas</b> .....	19
Capítulo 2. <b>Ayer mi vida estaba arruinada</b> .....	47
Capítulo 3. <b>Cuando me dijiste que ya no me amabas</b> ....	67
Capítulo 4. <b>Mi reino por un caballo</b> .....	85
Capítulo 5. <b>Y ahora te puedes ir a tomar por culo</b> .....	103
Capítulo 6. <b>¿Qué vas a hacer esta noche?</b> .....	135
Capítulo 7. <b>No ha sido un camino de rosas</b> .....	153
Capítulo 8. <b>Me siento vivo. Estoy fuera de control</b> .....	171
Capítulo 9. <b>¿Estás preparado?</b> .....	189
Capítulo 10. <b>Bajo presión, Latinoamérica te conmoverá</b> ..	211
Capítulo 11. <b>Quemas toda mi energía</b> .....	231

Capítulo 12. <b>Debes ser fuerte y creer en ti mismo</b> .....	253
Capítulo 13. <b>Cuando los cielos soleados rompen a través de las nubes</b> .....	279
Capítulo 14. <b>El último truco de magia</b> .....	321
Capítulo 15. <b>De Barcelona al cielo</b> .....	343
Capítulo 16. <b>El límite vertical del milagro</b> .....	375
Capítulo 17. <b>Hasta el fin de los tiempos</b> .....	393
Capítulo 18. <b>Huida hacia el crepúsculo</b> .....	411
Discografía de Queen y Freddie Mercury .....	453
Índice de nombres .....	455
Fuentes .....	465
Créditos de las fotografías .....	475
Agradecimientos .....	477

# PRÓLOGOS

## CERTERO ATAQUE AL CORAZÓN

Cuando tenía unos diez u once años vi una foto de Queen en la época del disco *Sheer Heart Attack*. Inmediatamente fui a comprar el álbum a la tienda de música local de Helsinki. Después de hacer mi pedido el tipo de la tienda me dijo: «Ah, debiste estar en su actuación anoche en la casa de cultura, ¿verdad?». No tenía ninguna idea de su concierto en Helsinki ¡y todavía me fastidia muchísimo haberme perdido ese concierto! Luego me enteré de que tocaron ante unas quinientas personas, la mitad de la capacidad de la sala. Para mí, estuvieron en su mejor momento con *Sheer Heart Attack*. Todavía es mi disco de Queen favorito. Claro que los siguientes son brillantes también, especialmente los que ponen sin sintetizadores.

Una de mis canciones favoritas, curiosamente, también se llama «*Sheer Heart Attack*», una canción de *News of the World*, compuesta por Roger Taylor, que siempre tuvo la voz más roquera y con actitud de la banda. Fueron sin duda una de las bandas más grandes de todos los tiempos, pusieron el mundo del *rock and roll* patas arriba con su excelencia y brillantez. Dios los bendiga, en memoria del increíble talento de Freddie Mercury.

MICHAEL MONROE

## UNA NOCHE EN LA ÓPERA

Ví a Queen en el Bristol Colston Hall, en noviembre de 1975. Acababan de lanzar «Bohemian Rhapsody». Sigue siendo de los dos mejores conciertos a los que he ido en mi vida; el otro fue uno de Radiohead. Yo estaba a tres o cuatro filas del escenario, así que pude verlos bien de cerca. ¡Qué gran grupo! Y qué gran intérprete era Freddie. Extravagante, carismático, subyugante. No puedo decir que Freddie o Queen fuesen para mí una enorme influencia musical, pero me influyeron de una manera natural. Recuerdo haber visto un vídeo de Freddie y Queen tocando en directo, más o menos por aquella época, en 1976, y muchos años después, cuando ya estaba muy curtido como cantante en The Mission, me quedé alucinado por las similitudes físicas entre Freddie y yo. No hablo de que nos pareciéramos físicamente, sino que mi *look* era muy del estilo de Freddie; las uñas pintadas de negro, todas aquellas pulseras, la ropa extravagante, la melena oscura y rizada... Y todo eso sin haberme dado cuenta antes de que se lo estaba «robando» a Freddie. Freddie era único, irrepetible. Era especial, lo tenía todo. Era el tipo de cantante que siempre quise llegar a ser. Le puse a mi perro Freddie cuando murió en 1991. Recuerdo que lloré viendo las noticias, y eso que no me había comprado ningún disco de Queen

en muchos años. De todas formas, al final lo que importa es la música y «Killer Queen» es una auténtica joya del pop. Descarada y precisa. Ya te digo.

WAYNE HUSSEY

## BREAKING FREE

Voy en un tren de Madrid a Barcelona. Mientras el paisaje pasa a toda velocidad por la ventana, escribo. Perfiló un texto que trate de sumar algo a las interesantísimas páginas que ya ha escrito Ignacio y en las que, quienes sigan ávidos de detalles sobre Freddie Mercury, encontrarán no sólo lo que buscan: saciarán su sed con mucho más de lo que esperan.

Ignacio se propuso hace tiempo hablar de Queen, se entregó a investigar y rastrear datos concretos sobre Freddie, detalles que arrojaran luz nueva a sus discos oficiales y a los piratas, a través incluso de ese tipo de detalles que pueden parecer irrelevantes y pequeños pero que a menudo se convierten en el condimento que saca toda la potencia a una historia, ya de por sí enorme, leyenda. Hizo un rebobinado en toda regla y se fue a por portadas no autorizadas, vídeos grabados por fans que asistían a sus conciertos, cotilleos, entrevistas, cosas dichas y otras *off the record* en las que este hombre lleva sumidos los últimos meses, años de su vida.

Desde que nos conocemos, sin habernos visto una sola vez personalmente, comparte conmigo algunos de los descubrimientos que ha ido haciendo sobre la historia del grupo, también sus bajones por no conseguir a alguien detrás de quien andaba (pocos, muy pocos de estos,

porque a Ignacio casi nadie se le escapa) o una portada que no encontraba. Años escuchándole —leyéndole— hablar de este hombre, Freddie Mercury que, por alguna razón que sin embargo nunca me ha contado, le debió llegar un día a lo más hondo.

Ignacio le devuelve esa conmoción ahora en forma de gratitud escribiendo este libro en homenaje al músico y al hombre.

Dejar huella de ese modo en otros sólo es patrimonio de los Grandes. Alguien como Freddie, a quien en la inusual imagen de cubierta de este libro vemos asomar sutil pero sincero como casi no lo hemos visto en otras. Bajo la máscara del divo asoma el hombre. El que Ignacio se ha propuesto diseccionar aquí. Mucho se ha hablado ya de sus directos, las historias tras las letras, la banda, el sexo, el *rock and roll* (*sic*) y las drogas. Lo de siempre. Pero Ignacio aquí baja a la verdadera arena. Esa en la que se mide el hombre consigo mismo, cuerpo a cuerpo. Y parece como si congelara ese universo que aúpa a la estrella consiguiendo un frenazo del tiempo para colarnos mágicamente por una puerta trasera desde la que nos da acceso a detalles menos vistos. Escenas de interior, como diría Woody Allen, lo que menos se mostró, lo que siempre estuvo, pero se ocultaba tras una fachada de estrella de rock y arrogancia. Y así rescata momentos que hoy resultan históricos como el de esa fotografía entre bastidores con Michael Jackson, o esas otras con la actriz Olivia Newton-John. Episodios colaterales que no parecen tener un peso determinante en la dimensión de su historia, su personaje ni su gloria. Pero momentos que el Gran Ignacio detecta como pequeños goznes que articulan al ser humano escondido bajo la máscara de la gran leyenda. Ignacio tira de esa careta para desvelar lo que hay debajo: fragilidad boicoteada y mucho descaro tapando grietas.

Como un destilado de alta graduación arañando la garganta hasta el esófago. Un trago así es el que te pega este libro.

Ignacio ha hablado con mánager, productores musicales, músicos, fans, discográficas. Ha escuchado y después ha entrecomillado para ir conectando los hilos de testimonios de tantas vidas que compartieron experiencias con el músico.

Aquí hay más Freddie que Mercury. Se estudia al hombre. A la fiera capaz de moverse con libertad animal comunicando con su voz

como lo hacen las bestias en medio de la selva. Un grito que no podía no ser escuchado. Sólo secundado. Tal y como lo hicieron los 74.000 espectadores que acudieron en masa al mítico concierto del Estadio Wembley en el Live Aid de 1985.

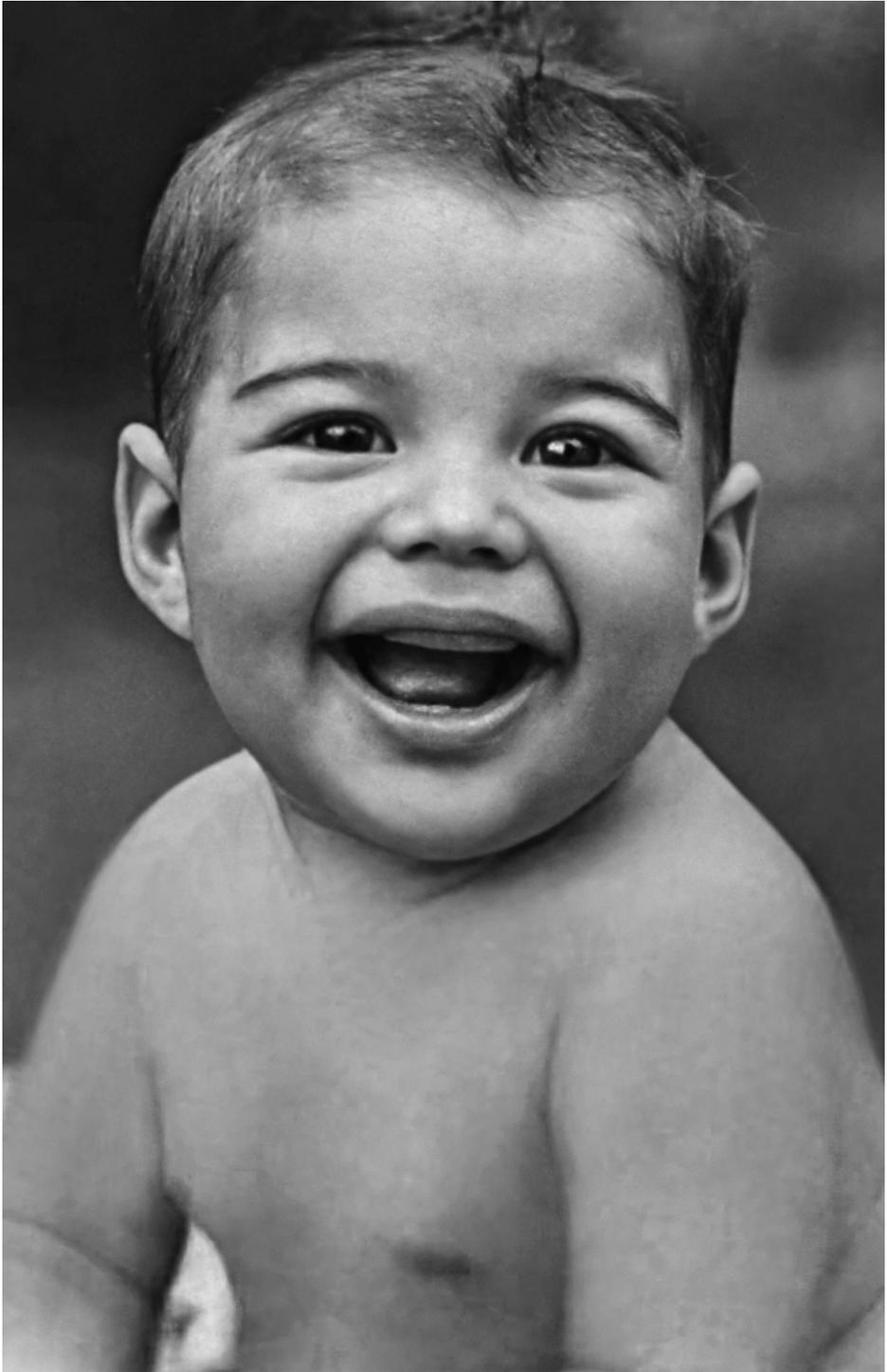
Pensando en qué escribir para este texto llevo días preguntándome qué es lo que nos hace seguir explorando la figura de un hombre del que se ha contado ya casi todo, del que se han escrito libros, se han hecho películas y del que hay cientos de vídeos y documentos que son la mejor razón que explica hoy cómo su arrolladora presencia logró traspasarnos.

¿Por qué esa necesidad de seguir buscando en la figura de alguien de quien ya creemos saber tanto? Quizá la única respuesta sea que cuando una obra artística nos transforma, uno moralmente parece obligado a aprehenderla desde todos los ángulos, desde todas las perspectivas, a través de toda su historia. Porque todos los elementos son claves que nos dan pistas para entender el porqué y el cómo esa obra y la persona tras ella nos han afectado. Cómo ha podido atravesarnos de la manera que lo hizo y tratar de responder después con nuestros propios medios a ese impacto, aun cuando sintamos que sólo podamos estar devolviendo un porcentaje exiguo a lo que se nos ha dado. Se genera un pacto abstracto en el lugar donde brilla todo aquello que nos alumbra, donde nos damos en lo que nos apela, nos confronta y nos habla, allí donde sentimos que somos más nosotros mismos en contacto con aspectos de otros que ni siquiera conocemos personalmente y, sin embargo, son capaces de afectarnos más que otros que viven a nuestro lado. Esa es exactamente la fuerza de ese vínculo, la ley de esa magia indestructible con la que algunos espíritus como el de Ignacio se sienten en deuda con quienes les aportan algo a esa conversación etérea en la que el que comunica se da y el afectado se vacía y se entrega. Devolviendo después por necesidad y por pura justicia poética. Eso hace aquí Ignacio. Nos habla de Freddie como si fuera nuestro vecino, como si nos hubiéramos cruzado con él en una impensable situación cotidiana, como si hubiéramos coincidido fumando a solas en el recodo de algún callejón oscuro a la hora en que sólo la verdad se comparte. Esa es la maravilla de este libro. Ese el regalo de Ignacio: su lealtad a un músico que le cimbreado la vida. Un músico a

quien le bastaba jugar con un pie de micro, su voz imbatible y todo su aplomo para llevarse al público de calle. Ya lo decía Bob Geldof: el mundo entero era el escenario perfecto para Freddie.

Y termino, y al terminar me viene a la cabeza el último vídeo en el que vimos a Freddie: *These are the Days of our Lives*, en el que aparece demacrado ya por la enfermedad. Anclado en un punto fijo frente a la cámara, su cuerpo ya exiguo parece perderse entre la amplitud de las mangas y el cuello de su camisa. Su nariz afilada, un maquillaje dramático, luz dura y en blanco y negro con esa frase tremenda que él pronuncia con una mirada que todavía está, pero que ya se está yendo, sosteniéndola con su misma determinación de siempre ante la cámara, aunque sin su habitual fuerza: «I still love you»... Una despedida así sólo es de héroes. De héroes de carne y hueso, de los que viven dejándose la vida en el intento único de vivirla a todas las revoluciones que la vida les permita, para, cuando la potencia baja, ir adecuando el gesto, ir atenuando la energía para acompañar la levedad de lo que queda del día. Una despedida que es la más increíble puesta de sol seguida de una larga noche con lluvia de estrellas. Mil veces Freddie. Otras tantas Ignacio por evocárnoslo tal y como fue.

MAY GAÑÁN,  
artista y periodista cultural



# CAPÍTULO 1

## ESCRITO EN LAS ESTRELLAS

*No voy a ser una estrella del rock, voy a ser una leyenda.*

FREDDIE BULSARA

La vida al límite que Freddie Mercury desprendía tanto en escena como en su frenética espiral de excesos escondía algo más profundo. Es algo que se vislumbra en *Bohemian Rhapsody*, la película. Era sabido que, aunque esto no vendía entre los escualos del periodismo amarillista inglés, sufría un terror intrínseco a la soledad. Una persona que apenas daba entrevistas y sólo se abría a quienes conocía de forma íntima, una persona tímida fuera de los focos.

Resulta casi revelador que cuando vio por primera vez a Elvis Presley en televisión le dijera a su madre que algún día sería como él. En algunos aspectos, Mercury terminó creando una especie de burbuja de autoprotección en su etapa de mayor visibilidad mediática, los ochenta; una Memphis Mafia, un reducto de conocidos, las únicas personas a las que revelaba su verdadera identidad. Al igual que le pasó a Elvis, uno de sus mayores amigos, su mánager personal Paul Prenter, lo vendió al mejor postor en sus últimos años de existencia, generándole aún más rechazo a exponer su auténtica personalidad. Esa personalidad que se transformaba cuando actuaba como una estrella del rock. No es baladía que quisiera versionar el clásico «The Great Pretender» (El gran farsante). Fue el mayor éxito en vida de Freddie en solitario. Según él su texto lo definía, dando a entender que jugaba con la ambigüedad de una

figura escénica descarada que en la intimidad se mostraba insegura de las intenciones de los demás hacia su persona.

Mercury proyectaba una imagen que no se correspondía a su realidad diaria fuera de la criatura en que se había convertido. ¿A qué se debía esa dualidad? Es una respuesta que la estrella se llevó a su tumba. Pero tanto, sus escasas declaraciones, sus letras, su fatua búsqueda del amor verdadero —resulta esclarecedor que su composición favorita propia fuera «Somebody to Love»—, sus excesos intentando escapar de algo, revelan una persona más compleja que lo que el subconsciente colectivo ha asociado a él. Una diva del rock apasionada por la ópera y el desenfreno. En una ocasión declaró ser una prostituta musical, que sus canciones eran de usar y tirar. ¿Realmente podemos creer eso tras leer canciones que, aun con su fondo sonoro optimista, reflejaban una personalidad que intentaba lidiar con sus miedos? Alguien que se dedicó, en plena desintegración física por culpa del VIH, a cantar canciones hasta que su cuerpo aguantara.

Mi teoría, totalmente subjetiva, es que quiso despedirse de este mundo con lo que más le hacía feliz: cantar. Que meses antes de fallecer mantuviera el tipo para legar tres últimas canciones dice mucho de su carácter. No quería que se sintiera lástima por él, luchó hasta el final, entonando estremecedores textos como el de «Mother Love» o «A Winter's Tale». Y a la vez, sabía que se estaba despidiendo de todos. Recientemente se han mostrado las imágenes de su último vídeo en vida, *These are the Days of our Lives*, sin filtros, observándose a un hombre cojeando. Y aun así con el ímpetu para dar su opinión sobre el clip.

En una de las versiones del ínclito vídeo dijo la última frase de la letra que escribió Roger Taylor; «Still Loving You», sonriendo resignado, desapareciendo con un gesto de mano de la cámara. Su adiós a los fans, a quienes tanto amó, y tanto le amaron y siguen adorando.

El propio Kurt Cobain, el otro gran mártir de los noventa, mencionaba en su carta de suicidio que le hubiera gustado sentir la interacción, el amor entre público y cantante que se veía en cada concierto de Queen.

En un viaje a Buenos Aires pude conocer a un superviviente de las Malvinas, que vio a Queen en su famosa gira latinoamericana. Re-

cordaba emocionado el instante en que Mercury entonó «Love of My Life» («Amor de mi vida» para los argentinos) y cómo los ojos del *front-man* se empapaban de lágrimas al ver que el público coreaba al unísono la letra. No es algo que me invente, hay testimonios audiovisuales de ese instante. Que un público en plena dictadura sin dominar el inglés cantara apasionadamente la canción fue algo que le llegó hasta lo más profundo de su ser.

Una estrella vacua y sin empatía no hubiera sufrido un sentimiento tan inesperado como impactante. Eso no es óbice para reconocer que disfrutó de las mieles del éxito, que tuvo sus arrebatos de egolatría, que bebió la vida a golpe de Moët & Chandon y vodka, que esnifó cocaína, que tuvo sexo desenfrenado. ¿Quién no lo hubiera hecho en esa situación? Lo curioso es que jamás accedió a una clínica de desintoxicación. Que tenía la voluntad de poder hacer desaparecer sus malos hábitos. Tanto en situaciones en las que no lo requería, como en su triste desaparecer, donde únicamente bebía de vez en cuando vodka para sentirse enérgico, o fumaba algún que otro cigarrillo.

Un humano con sus defectos y sus vanaglorias que, como Ícaro, el mito griego, terminó volando demasiado cerca del sol, derritiéndose sus alas. No vamos a mitificar en exceso a la persona. De *facto*, este libro, aparte de contar detalles de su vida que marcaron su arte, quiere revelar más lo que le hizo extraordinario; un compositor excelso, un cantante único que se atrevió a romper en más de una ocasión los dogmas de lo que se debía o no hacer en un estudio de grabación, y cómo sus compañeros, de los que también hablaré de sus carreras paralelas a Queen, le ayudaron a lograrlo.

Otro factor a analizar es por qué eligió cambiarse su nombre a Freddie Mercury, el ídolo mundial que nos sobrevivirá. Quizá las respuestas puedan encontrarse en su infancia. Un hijo vinculado a su madre, que tuvo que dejar atrás el paraíso de Zanzíbar y crecer en un internado en la India. Si los internados de por sí son duros, no es difícil imaginar la disciplina que se imponía en aquellos años.

De ascendencia parsi, nacido como Farrokh Bulsara el 5 de septiembre de 1946, fue hijo de unas características muy concretas del pasado siglo. Sus padres, Bomi y Jer Bulsara, oriundos de Gujarat (estado

fronterizo con Pakistán y a poca distancia de la costa de Irán), habían crecido como fracción de aquella India que se integraba en el contexto sociopolítico y temporal del imperio británico. Una importante oferta laboral a su padre decidió la mudanza del matrimonio a Zanzíbar, la paradisíaca isla de Tanzania que también gozaba de protectorado británico. Allí nacieron sus dos hijos, a los que educan en el zoroastrismo, religión que considera la homosexualidad el más grave de los pecados. No elegimos a nuestros padres, pero sí cómo nos definen.

Freddie sentía un cariño enorme hacia su madre y su hermana. En cambio, no solía hablar de su padre, a quien quería y respetaba. Si nos fijamos en los documentales oficiales, tanto su madre como su hermana ofrecen sus voces. Su padre jamás dijo una palabra. Cuando se inauguró y destapó la ínclita estatua del cantante en Montreux en 1997, Brian May leyó emocionado un texto, mientras Montserrat Caballé y Jer Bulsara lloraban desconsoladamente. Bomi Bulsara, en cambio, se mostró serio, casi se diría que estoico. ¿La procesión iba por dentro? Lo más cercano que hemos sabido del padre lo comentó la hermana del cantante, Kashmira Bulsara, en un reciente documental, *The Last Act*. Según su testimonio, su padre derramó lágrimas sobre un periódico donde se hablaba de la enfermedad de su hijo, diciendo que debía morirse él en lugar de Freddie.

A los pocos meses de vida, una foto de bebé del primogénito de los Bulsara ganó un premio local. Un determinista diría que era un presagio de lo que le depararía el futuro.

Zanzíbar era un «paraíso» en el que no había mucho que hacer para dos niños, a pesar de la mezcolanza de credos y razas. Freddie se divertía inventándose universos de fantasía junto a su hermana, fantasías que luego saldrían a la luz en sus primeras letras para Queen. Su rincón favorito era el puerto de Stone Town. Allí podía imaginar lugares lejanos, músicas foráneas. El mundo occidental, básicamente, al que sólo tenía acceso a través de revistas que llegaban con retraso a la isla.

Contrariamente a otras localidades natales de estrellas del rock, Zanzíbar no ha explotado hasta hace poco el potencial turístico del mito. Su población está integrada en su mayoría por musulmanes, y las relaciones homosexuales son ilegales.

El escritor y periodista cultural Bruno Galindo lo comprobó de primera mano:

«Estuve dos veces en Zanzíbar, la primera a finales de los noventa, y la segunda en 2014. La primera vez —estamos hablando de la era preInternet, previa también a la era del turismo *low cost*— me llamó la atención que no había marca o resto de Freddie Mercury. No sé cómo me había enterado de la dirección donde había nacido, pero me acerqué hasta allí (centro de Stonetown) a ver si había alguna placa o algo. Lo que había era un restaurante indio. Pregunté y me dijeron que no sabían nada. Me da que les hizo cierta gracia la pregunta. No sé. En mi segundo viaje me llamó la atención que el mapa oficial de la isla ya incluía el “Freddie Mercury birthplace”. Además, había un par de establecimientos que tiraban del apellido Mercury, y lógicamente cierta señalización para llegar a todos estos lugares. El cantante de Queen ya competía como leyenda local con el doctor Livingstone (que vivió años en Zanzíbar): hasta me tocó en suerte pernoctar un par de noches en la Freddy Mercury suite [*sic*] de un hotel céntrico».

A pesar de lo comentado por Bruno Galindo, hace años se quiso montar una fiesta celebrando la vida del cantante de Queen. Las autoridades prohibieron el festejo.

A partir de los ocho años Farrokh estudiaría en un internado en la India. El viaje en barco desde Zanzíbar al país del Taj Mahal duraría ocho semanas. Cuando llegó a Bombay, lo primero que vio antes de pisar tierra fue la Puerta de la India. Tuvo que trasladarse en tren hasta el internado, observando en cada tramo del viaje las diferencias clasistas del llamado subcontinente indio. En el Saint Peter's Boys School aparte de mostrar sus primeras aptitudes musicales, adoptará el sobrenombre de Freddie, e incluso se coronará en alguna actividad deportiva. Rara vez habló de esa época de su vida. «Me crie en un entorno que me obligaba a valerme por mí mismo desde joven. Me enviaron a un internado en la India. Tuve una infancia convulsa».

En los momentos en que le dejaban visitar a su tía Shero Kohry, residente de la región, esta se dio cuenta de su don para la música y la pintura, animándole a pintar.

En el internado le llamaban Bucky («conejito») por sus prominentes dientes. Su compañero de clase y bajista de The Hectics, dueño de un restaurante en la India, Farang Irani, lo recuerda perfectamente: «Ya sabes lo crueles que pueden ser los alumnos. Estaba avergonzado de sus dientes. Solía tratar de cubrirlos con el labio superior, y cuando se reía tenía la costumbre de cubrirse la boca con la mano. Su verdadero nombre, por supuesto, era Farrokh. Cuando empezamos a llamarlo Bucky, recuerdo que comenzó a llamarse Freddie para tratar de distraernos».

Contacto con Bruce Murray, cantante de The Hectics, para que me cuente su recuerdo del internado, aparte de anécdotas de la época: «Saint Peter's Boys School era un colegio maravilloso. A unos 600 metros sobre el nivel del mar. Tardabas de cuatro a cinco horas hasta Bombay o Mumbai, como quieras llamarlo. Era un internado con mucha disciplina, pero los profesores se portaban bien y en general había muy buen ambiente. Seguro que hubo algunas peleas, lo típico de los internados».

Le comento el mote de Bucky, y Murray da una respuesta contraria a su compañero: «No puedo hablar sobre lo que dijo o no dijo Farang. Tal vez algunos chavales lo llamaron así, pero no recuerdo si lo hicieron. Al menos no delante de mí. Estoy seguro de que sentía vergüenza de sus dientes, pero también lo estoy de que ese problema nunca le impidió hacer nada».

Freddie solía actuar en obras de teatro, muchas veces haciendo papeles femeninos. La profesora de teatro notó lo amanerado que era, algo que ella consideraba propio de la idiosincrasia de un artista. Recordemos la imagen extravagante del primer Elvis, con camisas rosas y atuendos estrafalarios, que insinuaban una cándida ambigüedad. Parecido caso sería el de Prince. Freddie empezó a cantar en el coro, y lo que su tía ya intuía lo notó el profesorado. Tenía ese algo que lo destacaba de los demás miembros del coro, ese algo llamado genialidad. El director escribió a sus padres recomendándoles que tomara clases de piano. Sus padres aceptaron. Bruce Murray dice: «Había una profesora, Miss O'Shea, a la que le hubiera encantado que Freddie hubiera aprendido a leer música. Nunca pasó. Tocaba de oído. Aquella profesora era una señorita fantástica y seguro que le influenció para bien». Miss O'Shea,

profesora irlandesa, lo trataba como el niño de sus ojos. En cuanto a su actitud y cambio de nombre, Murray recuerda que, aunque su nombre verdadero era Farrokh Bulsara, «todos lo conocían como Freddie o Fred. Era un chico tranquilo, aunque hacía de las suyas cuando quería. Muy deportista. Quién iba a saber que se iba a convertir en el mayor espectáculo del mundo. También era buen actor, solía hacer papeles en las obras del colegio».

Bruce Murray fundó el grupo The Hectics, del que era vocalista, en un intento de conocer chicas y emular a sus ídolos. Freddie se dedicaría al piano. Por desgracia no hay grabaciones sonoras disponibles: «Solamente éramos unos chavales que querían formar un grupo. Como en las películas. Nos agenciamos algunos instrumentos e hicimos algo de ruido. Así es como empezamos. Casi ninguno sabía tocar bien. Yo era el cantante y lidiaba con ello como podía. Y luego estaba Freddie. Podía escuchar algo de la radio y enseguida tocarlo. Musicalmente nos hacía parecer idiotas. Hacíamos versiones de Elvis, Cliff Richards, Fats Domino, Rick Nelson... y que las chicas nos vieran en los pocos conciertos que dimos era genial. Elvis era nuestro número uno. También éramos fans de los que te he mencionado, o Little Richard, Dion and the Belmonts, Frankie Avalon». ¿Se notaba que Freddie quería ser como aquellos artistas? «Si albergaba esperanzas de ser como ellos, nunca las reveló», dice Murray.

En esa época, The Hectics tocaban para un público mixto. Les veían las chicas cuyos hermanos normalmente eran estudiantes del internado. Allí Freddie conoció a su primer amor no correspondido, Gitar Choksi. Lo introvertido que era Freddie hizo que Gitar no se fijara en él de forma romántica. Únicamente paseaban de la mano, alquilaban bicicletas, ese tipo de cosas que se hacen de crío. Para Gitar, The Hectics eran más importantes que cualquier estrella citada, al tener contacto directo con ellos. Gitar, ahora toda una mujer adulta que ha trabajado en una agencia de viajes, considera que Bucky sólo fue un apodo cariñoso. Por entonces Freddie ya llamaba *darling* («cariño») a sus amigos, fueran estos hembras o varones, para escándalo de los retrógrados adultos. ¡No era propio de un jovencito referirse así a los demás!

Ganaría un trofeo por ser un estudiante modelo, sería imbatible en el tenis de mesa y realizó sus pinitos en el atletismo y en el boxeo. La leyenda cuenta que ganó premios en prácticamente todas las disciplinas. Murray borra todas esas ideas prefijadas al preguntarle si Freddie era bueno en el cuadrilátero: «No creo que fuera buen boxeador. Eso sí, tenía el corazón de un león. Nunca desistía. Recuerdo una ocasión en que iba perdiendo una pelea; tenía la boca ensangrentada. Le dijimos que tirara la toalla, pero Freddie no se rendía, prefería morir que ceder sin más. Eso es lo que hizo al hombre en el que se convirtió en la industria discográfica. Creía en sí mismo y nadie le iba a decir lo contrario».

Un carácter único. Una personalidad que se empezó a definir en tres pivotes: la añoranza de su familia, su generosidad hacia la misma o amigos, y su ferviente fe en sí mismo, a pesar del estigma que siempre supuso para él su dentadura. Las pocas veces que pasaba las vacaciones en Zanzíbar siempre le regalaba algo a su hermana. Un dato interesante es el recuerdo de su madre y el regalo que le quiso hacer y no pudo realizar sin su ayuda. Una tarde se fijó en los objetos de artesanía que un chico nativo de Zanzíbar vendía. En concreto, le gustó un venado y su cervatillo. No tenía suficiente dinero, así que se llevó al joven vendedor a casa y le pidió prestado el dinero restante a su madre para regalarle las dos piezas. Su madre en principio se negó. Freddie la ablandó comentando las molestias ocasionadas al vendedor, haciéndole trasladar su puesto. Finalmente, ella le dio el dinero. Se sintió feliz al ver que su madre, a pesar de pagar la mitad del regalo, apreciara su gesto.

Freddie volvería a Zanzíbar antes de lo previsto. Contrariamente a sus primeros cursos, donde sacaba buenas notas, suspendería la secundaria. En Zanzíbar volvería a valorar el calor de un ambiente familiar, sobre todo jugando con su hermana pequeña. Lo que no se esperaban es que en apenas dos años estallara una revolución, que desligaba el conjunto de islas de la influencia británica y asiática. Los nativos de Zanzíbar, mayoritariamente musulmanes, se hicieron con el poder. En ese año, 1963, se vivieron momentos de auténtico pánico. Jer Bulsara dijo: «Pasamos mucho, mucho miedo. Todo el mundo corría y no sabía qué hacer. Como teníamos niños pequeños, decidimos abandonar el país. (...) Cuando llegamos a Londres era verano, creo. Aun así, pasamos frío.

(...) Sabíamos algunas cosas que tendríamos que hacer en Inglaterra. Primero, no tendríamos criados. Tendríamos que hacerlo todo nosotros. Teníamos que conseguir un trabajo. Así que teníamos una ligera idea de lo que nos esperaba. Freddie estaba tan entusiasmado por venir. Eso nos animaba».

En Inglaterra, el joven Bulsara se sintió abrumado ante el colorido, la explosión cultural y juvenil que respiraba el país. Eran los sesenta, los años de una juventud deseosa de desligarse de la podredumbre vivida como resaca de la segunda guerra mundial. Una figura como Hendrix, que paladeó el éxito en Inglaterra antes que en su propia tierra, adoptaría el papel de catalizador de todos los sueños del artista y fue quien más impulsó, como figura externa idolatrada, sus instintos musicales. Aprovechando una gira que el guitarrista de Seattle realizó por varios clubs de Gran Bretaña, Freddie acudiría a más de diez conciertos de su ídolo.

La familia Bulsara vivía en una ciudad dormitorio de Londres, aceptando un nuevo estatus económico. Mientras en Zanzíbar tenían una gran residencia y criados, en Inglaterra debieron integrarse en la clase media en Feltham, Middlesex. A unas pocas calles residía Brian May. Freddie se sacaría la secundaria con sobresaliente para poder cursar estudios en arte. Solía escabullirse de la casa paterna todas las noches, para disgusto de su madre. Al principio no encajaba con la moda del momento, debido a su peinado roquero de los cincuenta... hasta que se dejó el pelo largo, no sin antes convencer a su madre de que todos, incluido el hijo del vecino, llevaban el pelo así. Mientras cursaba sus estudios de diseño gráfico en el Ealing College of Art, donde también habían estudiado Pete Townshend de The Who, o Ronnie Wood de The Faces y The Rolling Stones, conoció a Tim Staffell (cantante de Smile, amigo de Freddie Mercury), persona clave en el devenir del artista y de Queen. Su hermana se aprovecharía de sus estudios de diseño y moda. A cambio de hacer de modelo para sus dibujos, Freddie le hacía la tarea.

Finalmente abandonaría la casa, disfrutando la experiencia londinense las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. A falta de residencia fija, solía dormir de prestado en casas de amigos o tiraba de

alquiler. En esa nebulosa época, Freddie trabajó de ilustrador/diseñador de libros y en el aeropuerto de Heathrow. Muchas de sus ilustraciones se han conservado.

Antes de comentar las primeras bandas de Freddie es indispensable poner en contexto al citado Tim Staffell, nacido el 24 de febrero de 1948 en Middlesex. Músico de tendencias *blues*, a partir de mediados de los setenta estuvo inactivo a nivel mediático en lo concerniente a editar discos, dedicándose a los efectos especiales de animación, dirigiendo proyectos para la televisión. Volvió a publicar álbumes en este milenio. Durante los años en que trabajó fuera de la industria musical nunca dejó de componer canciones.

Tras más de una década detrás de Tim Staffell, finalmente aceptó mi petición y me da la primera entrevista que realizaba en mucho tiempo; charlamos de todo tipo de asuntos, incluida nuestra preferencia por las novelas de ciencia-ficción o el fervor que ambos profesamos hacia Bob Dylan.

Hablamos en un pueblo de Londres. De carácter afable, Staffell me chivó lo que ya no es una primicia; han contado con él para la película *Bohemian Rhapsody*:

«Hay una escena de la película en la que Freddie va a ver tocar a Smile. Están tocando “Doin’ Alright” y utilizando las pistas de la versión de Queen. El tipo que me interpreta a mí cantó sobre esas pistas. Brian (May) me dijo que no estaba satisfecho con la voz, así que me pidió que fuera al estudio a grabar algunas pistas para la película. Fui a Abbey Road y doblé algunas partes de bajo, cantando “Doin’ Alright”. Intentamos que sonara más a Smile, y creo que funcionó. Lo hicimos un poco más agresivo, más crudo; que se pareciera más al sonido de la época en que se grabó».

«Doin’ Alright» es un tema del grupo Smile que Queen grabó para su debut cambiando el título a «Doing All Right». La letra y melodía las concibió Tim, mientras la música la compuso Brian May. Como se ve en el tráiler de la película, Freddie conoce a Brian May y a Roger Taylor después de un concierto de Smile. La realidad es bastante distinta. Tim era compañero y amigo en la escuela de artes de Freddie. Fue él quien le presentó a sus compañeros de grupo.

Pero empecemos por el principio. La primera banda importante del tándem May-Staffell fue 1984, titulada así en honor a la novela distópica de George Orwell: «Brian y yo íbamos al mismo instituto, al Hampton, que está cerca de donde vivo ahora. Hicimos allí la secundaria. Supongo que nos conocimos por casualidad en algún concierto. Paradójicamente, había dos grupos en el instituto, uno era 1984 y el otro The Others, y la gente con la que estoy tocando ahora estaban en The Others. Es curioso que me haya vuelto a encontrar con ellos después de tantos años». Allí Brian May compuso temas de Smile, el pegadizo «Step on Me» o la única pieza con un gran poso *blues* de la historia de Queen que serviría de cara B para «Seven Seas of Rhye», «See What a Fool I've Been», acercándolos sonoramente a Led Zeppelin.

Continúa Tim: «Está inspirada en “That's How I Feel”, de Sonny Terry y Brownie McGhee. El origen es *country-blues*. Uno pensaría que no iba a funcionar bien como un tema de rock. Es posible incluso que utilizáramos una guitarra acústica. Que fuera un tema acústico. La versión de Queen es demasiado dramática en mi opinión».

De ahí a la posterior formación de Smile. Tim explica su génesis:

«Lo que pasó fue que cuando salimos del instituto, de Hampton, todos los miembros de 1984 nos fuimos cada uno por un lado. El bajista, Dave, se metió a estudiar Electrónica; el guitarrista que teníamos, John Garnham, creo que se fue a hacer Contabilidad; el batería, Richard Thompson, se puso a trabajar en temas de exportaciones... Brian iba a entrar en el Imperial College, para estudiar Astronomía, y yo en la Escuela de Bellas Artes, para estudiar Diseño Gráfico. Brian y yo éramos buenos amigos —por eso seguimos en contacto después— y pensamos en montar un *power trio* cuando saliéramos del instituto. Como los dos íbamos a la universidad en Londres y hablábamos a menudo, decidimos poner un anuncio buscando un batería. Y fue Roger Taylor quien respondió al anuncio. Desde el primer ensayo que hicimos con él ya tuvimos claro que Roger era el batería que necesitábamos. En aquel momento era perfecto para el tipo de música que estábamos haciendo. Era la música que yo quería hacer. Luego mis gustos cambiaron, pero en aquel momento estaba contento con lo que hacíamos, y Roger era ideal para el puesto. Tenía ese punto extrava-

gante, tocaba con mucha fuerza, nunca perdía el ritmo. Era un batería excelente».

El grupo llamaba la atención nada más ver su logo: «Lo hice antes de que existiera el de los Rolling Stones. Aquel logo no fue ninguna “revelación”. Era una buena imagen para un grupo que se llamaba Smile (Sonríe/Sonrisa). En realidad, era bastante obvio. Me sigue gustando».

De ahí pasa a la conexión con Freddie Bulsara: «Como supongo que sabes, Freddie y yo fuimos a la misma universidad. Los dos estudiábamos Diseño en Ealing. Y Freddie solía alternar conmigo y con el resto de Smile cuando había concierto».

De aquella etapa aún quedan estudiantes que recuerdan a Freddie. John Matheson es uno de ellos: «No era ningún cabrón, no habría pisoteado a nadie para alcanzar la cima, pero desde luego tenía una determinación tremenda. Me alegré cuando triunfó, porque conocía a muchos de la universidad a los que les había ido muy bien y eran mucho peores que Freddie». Su compañera, Josephine Ranken, es más descriptiva: «Podía llegar a ser un poco estúpido, y refunfuñaba mucho. No era alguien con una inteligencia espectacular, precisamente, más bien era superficial, con un punto tontorrón. No se le veía demasiado reflexivo. Una tenía la impresión de que quería ser famoso, pero no sabía cómo. Y desde luego la Escuela de Bellas Artes no era su sitio, sus trabajos eran más bien mediocres». Ranken, antes de que Freddie saliera con su primera novia, intentó que conectara con un amigo suyo de nombre Pixie: «Pixie era un marica muy majo —entonces no utilizábamos la palabra “gay”—, te lo pasabas en grande con él. No hizo ningún progreso con Freddie, pero tampoco se quedó mucho rato. Creo que a Freddie le habría gustado conocer mejor a Pixie, aunque me parece que no era capaz de asumir, aceptar los sentimientos que le despertaba. Evidentemente, el tema de la homosexualidad le interesaba muchísimo, pero también le asustaba. Supongo que le daba miedo la idea de asumirse como gay».

Freddie se dio cuenta de que pasaba más tiempo viendo a Smile que preocupándose de su futuro como ilustrador, y decidió que era hora de pasar a la acción, de ser el cantante de un grupo. Escogió a Ibex, apadrinados por Ken Testi. Ibex provenían de Liverpool, donde no encajaban en la escena de la ciudad de The Beatles. Formados por Mick

Smith a la batería, Mike Bersin a la guitarra y John «Tup» Taylor al bajo. Aparte del citado Testi de mánager, contaban con un pipa llamado Geoff Giggins. A falta de vocalista, Mike Bersin hacía las voces. Antes llamados Colour, allí se les pedía una música específica que ellos no tocaban. «Tup» Taylor: «Querían que tocáramos música irlandesa, o *Country & Western*. No les gustábamos mucho, con aquellas pintas de sucios y los abrigos de pieles, y tocando “Hey Joe”. A veces tocábamos cosas como “Green Green Grass Of Home” para tenerlos contentos».

En esa época Freddie vivía en un piso con los miembros de Smile y conoció a Ibex en un pub que ambas bandas frecuentaban, The Kensington. «Tup» Taylor veía muy claras las ambiciones de Freddie. «Quería cantar. Smile era una banda fantástica y tenía tres cantantes: Tim Staffell como la voz principal, que era muy bueno, pero también Brian y Roger podían cantar. No había sitio para Freddie. Y tampoco es que lo barajaran por aquel entonces, honestamente».

Freddie se hizo cantante de Ibex, donde compuso dos de sus primeras canciones, «Vagabound Outcast» y «River». La segunda está en la caja *The Solo Collection* de Freddie Mercury. En un concierto se reunieron por primera vez con Bulsara Taylor y May. Giggins grabó el concierto, pero a la media hora se agotó la cinta y no pudo immortalizar el momento en que Bulsara invitó a sus amigos de piso a subir con Ibex. El directo está disponible en *bootleg*, exceptuando las dos últimas canciones con May y Taylor. En esa actuación se ven las preferencias de Bulsara, realizando una versión de Elvis, otra de Hendrix y de su grupo de rock favorito entonces junto a The Beatles, Led Zeppelin.

La camaradería entre Smile e Ibex se hizo tal, que compartieron piso. Ken Testi, quien seguiría ligado al artista hasta en los primeros tiempos de Queen, admite que «conocer a Freddie era como ir a la universidad. Se implicaba a fondo en todo lo que hacía. Era tenaz, obstinado, siempre buscando la excelencia. Creo que Ibex era para Freddie algo con lo que llenar un hueco, y a Ibex nos venía muy bien tenerle de cantante. Era un matrimonio de conveniencia. Todos éramos muy inocentes, incluido Freddie. Pero él lo veía como cuando te compras tu primer coche, uno de segunda mano; al final vas a querer cambiarlo por otro mejor».

Mike Bersin llegaría a escribir canciones con él: «Parecía haber entendido demasiado bien que para llegar a algún sitio, para ser una estrella, había que tener el *look* adecuado. Estaba siempre muy pendiente de su imagen. Era increíble. Aunque supongo que todo formaba parte de esa determinación suya tan enorme. A veces podía ser un tío muy amable, dispuesto a ayudar a cualquiera. Pero dependía de la personalidad que adoptara en cada momento».

Para «Tup», Taylor, «era un tío muy entusiasta, y muy divertido. Le gustaba rodearse de gente, siempre lo veías acompañado de lo más exótico del lugar. Tuvimos algunas riñas, pero nada demasiado serio. Era un tío muy fuerte y sabía arreglárselas bien, y desde luego tenía la firme determinación de salir adelante. Recuerdo que cuando Queen empezó a funcionar se montaban unas peleas tremendas, y me di cuenta de que todos tenían esa piel dura que hace falta para triunfar. Pero siempre llegaba un punto en que dejaban las diferencias a un lado».

También recuerda el concierto más mítico de Ibex, en Bolton: «Había muy poca gente, pero Freddie se metió en el papel en cuanto subió al escenario. Su actuación fue increíble, y desde el punto de vista visual era acojonante. Había estado ensayando esas poses, pero en directo fue brutal. Me dejó impresionado. La voz sonaba un poco dura, aunque en aquella época eso era lo de menos».

Ante la falta de interés, decidieron cambiarse el nombre a Wreckage y volver a intentarlo en Liverpool. Freddie dormiría en el suelo del dormitorio del *roadie* Geoff Giggins. No era precisamente una situación que le agradara, pero se lo tomaba como un último intento de hacerse famosos. Además, según Geoff Giggins, había un punto a favor de Bulsara: «A mi madre le gustaba porque hablaba con educación, y porque venía del sur de Inglaterra. Estaba contenta de que me relacionara con gente que hablaba bien. Y Freddie se portaba muy, muy bien con ella».

Sobre su situación en la ciudad, Geoff expresó que «era raro verle por Liverpool. Comparado con el resto de la gente, vestía como un extraterrestre. Iba siempre con sus pantalones de terciopelo y el abrigo de tres cuartos. Tenía la costumbre de ocultar sus paletones con el labio superior, echaba el labio hacia abajo».

En esa breve estancia el grupo cambió de batería. La familia de Mick Smith pasaba necesidades económicas y lo dejó. En su lugar entró Richard Thompson. Se puede decir que lo único que salió en claro de allí fue la composición de Bulsara, «Green». Richard Thompson fue testigo de cómo componían Freddie y Mike Bersin: «Eran canciones muy melódicas. Freddie las había escrito al piano. Supongo que se podría decir que su estilo al piano era más bien clásico. Aquellas canciones eran la hostia de originales, y desde luego ya apuntaban a lo que serían Queen. Freddie tenía muchísimos referentes, tanto en el arte como en la música». Poco después Bulsara se hartaría de no llegar a nada en la ciudad de los «Fab Four» y volvería a Londres.

Una vez reubicado en Londres, formalizaría su relación con su primera pareja, Rosemary Pearson, a quien ya conocía de Ealing College of Art. Así lo cuenta Pearson: «Sucedió por casualidad. Estábamos en un restaurante tomados de la mano y besándonos. Le encantaba ser cariñoso, siempre te rodeaba con el brazo, te besaba y era mimoso. Era un amante muy ardiente, me era fiel». Josephine Rankin vuelve a dar su versión de la historia: «Hasta donde sé, sólo se acostaron una vez, pero según me contaron, y sin ser demasiado gráfica, a Freddie no se le levantó. Creía que le gustaban las mujeres y le llevó bastante tiempo darse cuenta de que era gay».

Según Rosemary Pearson, «lo inquietante era que había empezado a decirme: “Me pregunto cómo es dormir con un hombre”. No me importó. No fue algo serio hasta que te encuentras en la cama con alguien a las tres de la madrugada y empieza a hablar de estas cosas y no es una broma. Cuando acabas de hacer el amor con alguien, no es la conversación que quieres tener».

Mientras Bulsara se debatía entre estos dilemas, había abierto una tienda de ropa y arte con Roger Taylor en Kensington Market. Fran Leslie, una estudiante tardía de la escuela de artes, solía ir: «Freddie le caía bien a todo el mundo, era bastante sociable. Tenía aspecto de asiático, con ese pelo negro azabache y la piel oscura. Pero no le recuerdo como un tío delgado, era más bien grandote; aunque a lo mejor me daba esa impresión porque siempre iba con Roger, que sí que era muy canijo. Se complementaban estupendamente; Freddie moreno y Roger blanquito.

Siempre me gustó y me cayó bien Roger. Tenía mucho encanto; era dulce, y también un poco tímido, y eso le hacía muy atractivo».

Vendían obras de arte de la escuela de Freddie o ropa extravagante. Por ahí también revoloteaba el teclista Chris Smith, miembro temporal de Smile. Tim Staffell comenta: «No fue un miembro original de Smile. Él creía que sí, pero no estuvo desde el principio. Era compañero mío en la universidad. Le pedimos que se uniera al grupo tocando los teclados, pero no terminó de funcionar. Chris era un tipo con una influencia *blues* tremenda y no casaba del todo con el estilo de Smile. En Smile no había tanto *blues*, éramos más bien un trío de *heavy rock*, y no enfatizábamos demasiado la parte *bluesy* que pudiéramos tener. Así que hablamos con él y dejó el grupo. Estuvo con nosotros menos de dos meses, creo. Me parece que ni siquiera llegamos a tocar en directo con él. Ensayamos juntos unas cuantas veces y vimos que no era lo que buscábamos».

Según Chris Smith, en esa época Freddie ya entonces se sentía llamado a estar en el regazo de los dioses. Él fue testigo de la memorable frase: «No voy a ser una estrella del rock, voy a ser una leyenda». Y de una composición de Bulsara conocida como «Cowboy Song», que empezaba con la línea «Mama, just killed a man»... ¿Verdad o mentira? Quién sabe.

A pesar de haber fracasado con dos bandas en un espacio de tiempo efímero, Freddie volvió a decidirse por otra banda joven a la que acudir, en este caso se llamaba Sour Milk Sea, en honor a la canción que George Harrison escribió y sacó como *single* por Jackie Lomax. Con Rober Tyrell a la batería, Paul Mine al bajo, Jeremy Gallop a la guitarra rítmica y Chris Dummett de guitarrista. La diferencia de edad entre los miembros de la banda y Bulsara era notoria. Para la audición, Freddie le pidió a Roger y al pipa de Smile (y posteriormente Queen) John Harris ayuda moral y práctica. Se presentó con sus mejores galas. Roger abrió la puerta de la furgoneta como quien se la abre a una celebridad. La forma en que se presentó Bulsara impactó a los posadolescentes de Sour Milk Tea. Por si acaso no había sido suficiente, John Harris llevaba detrás de Bulsara su micrófono en una caja diseñada para la ocasión. Chris Dummett relata la escena:

«Llegó bañado en terciopelo. En aquel primer ensayo lo clavó. Le preguntamos si quería las letras de las canciones, y dijo: “No, gracias. Traigo las mías”. Se me acercó durante uno de los solos de guitarra y lo estaba dando todo, con sus poses y sus gestos. Era una explosión de color, segurísimo de sí mismo; ni en sueños habríamos imaginado tener un cantante así. Cuando terminó el ensayo se nos veía en la cara que era quien buscábamos, ya no nos interesaba nadie más».

Enseguida se hizo íntimo de Chris Dummet y se puso al mando del grupo, algo a lo que Jeremy Gallop fue reticente: «Casi desde que llegó empezó a cambiar nuestro sonido. Al principio nos costó encargarlo, y hubo más de una diferencia. Pero lo que mejor recuerdo de Freddie es que era un excelente mediador. Yo tenía mucho temperamento y Freddie en ese sentido fue una buena influencia, porque ayudaba a rebajar tensiones. Se le daba muy bien hablar y siempre era respetuoso».

Chris Dummet cuenta que cuando «él aparecía era como si se encendieran todas las luces. Lo planeaba todo y tenía un rollo muy bueno con el público. Era un poco cínico, pero manejaba el cinismo con mucha gracia. A veces, al final de una canción, decía al micrófono, muy rápido: “Que os den” (“Wank you”), y podías ver las caras del público, preguntándose si había dicho “Gracias” (“Thank you”) o “Que os den” (“Wank you”). Freddie tenía una sensibilidad pop mucho mayor que la de la mayoría de la gente en aquella época. Nosotros teníamos una base *blues*, pero a Freddie le gustaban The Move, The Hollies, Steve Winwood, y cosas así. Era muy abierto de miras. Yo quería aprender de él y él me acogió bajo su manto. Nos llevábamos más que bien. Intentó que estuviera más pendiente de mi imagen. Era un tío encantador; si tenía comida en la casa la compartía. Era generoso y cercano». Dada su forma de andar, de vestir, de hablar y de expresarse, en privado lo llamaban «Queen», un título *honorario* no precisamente benévolo que en Ibex Freddie también tenía. Las dudas sobre su sexualidad continuaban marcando las diferencias entre el cantante y sus compañeros.

A Jeremy Gallop se le pasó por la cabeza «que pudiera ser marica. Nunca miraba a las tías, pero tampoco dio nunca muestras de ser homosexual. En aquella época yo era un chaval muy mono, y nunca me entró

ni nada parecido. Los demás estábamos todo el día persiguiendo faldas, pero Freddie nos parecía un tío muy guay. Tan molón que no necesitaba hacer nada para llevarse a las mejores tías». Chris Dummet comenta que «había una chica de la que decía que era su novia, pero sólo apareció por la casa un par de veces. No había ninguna evidencia de que alguna vez la metiera en caliente. Solía hablar, entre risas, de sus amigos “desviados”. Adoptaba esa aura de misterio y afectación, el *pack* andrógino completo. Lo de su novia me parecía un poco raro, pero con diecisiete años yo no tenía la capacidad suficiente para analizar todo aquello. Se sentía muy orgulloso de tener novia, pero no dejaba que te acercaras mucho a ella y, por su actitud, hacía difícil que nadie profundizara demasiado en el tema. Profundizar en el tema habría sido como una muestra de tu falta de saber estar; no molaba mostrar mucho interés por algo así, y en aquella época había una auténtica paranoia con lo de molar».

Las diferencias creativas cada vez eran mayores, y en el invierno de 1970, el grupo se disolvió. Jeremy Gallop apunta:

«A mí no me gustaba nada la canción “*Lover*”<sup>\*</sup>, pero a Chris sí. Era muy pop, muy edulcorada. Quería darle a la banda un toque comercial, y nosotros nos teníamos por un grupo *underground*. Le dábamos demasiadas vueltas a eso, supongo. Cuando eres un crío, y todos éramos unos críos, todas estas cosas parecen cuestiones de vida o muerte. Freddie no fue una buena elección para Sour Milk Sea, y yo sentía que estaba manipulando a Chris. Chris estaba flipado con Freddie. Se suponía que éramos un grupo de *heavy blues*, pero Freddie ya entonces nos venía con sus armonías típicas. Era muy complicado materializar esas ideas; pensábamos que acabaríamos sonando como The Dolly Sisters si cantábamos todas aquellas armonías. Al final nos dijimos: “A la mierda, Fred, lo vamos a hacer a nuestra manera”. Hubo momentos en que las cosas se pusieron bastante feas. A Freddie le daba igual estar cargándose el grupo. Si quieres llegar lejos tienes que ser implacable, y en cierto sentido todos somos egoístas cuando queremos conseguir algo. Había tensión en el ambiente, pero jamás discutí con Freddie. De hecho, me caía estupen-

---

\* Posteriormente en Queen «*Liar*» (*N. del A.*).

damente. La cuestión era que me había dejado la piel por el grupo y no podía soportar que tuviera que disolverse. No paraba de llorar, era como el fin del mundo. Lo que me daba pena era perder a Chris; no me importaba en absoluto perder a Freddie. Freddie era a todas luces un cantante pop, y yo no estaba en esa onda para nada, pero Chris era un guitarrista de la hostia, una máquina, y pensaba que sin él mis oportunidades de triunfar menguaban muchísimo».

Casi coincidiendo con el fin de Sour Milk Sea, Tim Staffell decidió dejar Smile: «Una de las razones por las que me fui de Smile fue porque sentía una conexión muy fuerte con el *blues*, y ni Roger ni Brian estaban en mi misma onda. Cuando dejé Smile pasé un mes en Estados Unidos y descubrí muchísima música americana que nunca había escuchado. Ry Cooder, Bob Dylan... Por primera vez entendí la música de Dylan. A Dylan lo conocía, pero todavía no había conectado con él. Cuando volví de aquel viaje me sentía ya muy alejado de Smile».

Para Chris Dummet, «Freddie tenía que quitarse de en medio a Tim (Staffell) porque tenía una voz tremenda. Freddie tenía una voluntad de hierro, y Tim no tenía la chispa de Freddie. Por aquel entonces Tim estaba mucho más preparado musicalmente que Freddie, pero Freddie era el perfecto histrión. Como guitarrista, Brian May estaba años luz por delante de mí, pero no tenía huevos. Freddie tenía a Brian por un tío de extrarradio, apocado. Y por su parte creo que la gente de Smile veía a Freddie como un fantoche. Se metían con él. Supongo que lo hacían desde el cariño».

Mientras estuvimos en el pub tomando una pinta, Tim Staffell reflexionó y me dijo:

«Se veía venir que terminaría conectando con Brian y Roger; estaba clarísimo que sería así, y yo lo que quería era pasar página. Creo que en aquella época todavía estaba puliendo su talento. Yo ya llevaba un tiempo cantando, primero en 1984 y después en Smile, habíamos dado muchos conciertos y eso me había servido de entrenamiento, pero Freddie no empezó a desarrollarse como cantante hasta que se juntó con Brian y Roger en la última etapa de Smile, o en los primeros tiempos de Queen. Además, Freddie tenía mucha más dulzura en la voz que

yo; podía cantar cosas que yo no habría podido, era más melódico. Yo tengo un estilo más agresivo. Eso sí, nunca tuve su talento para el espectáculo. Como intérprete, o como *showman*, Freddie fue posiblemente uno de los mejores de la historia, y a mí eso nunca se me dio bien. Creo que soy un buen cantante y un buen compositor, pero no soy un gran *frontman*. Al menos no entonces».

Morgan Fisher, líder del grupo Morgan, teclista de Mott the Hoople y el primer músico auxiliar que utilizó Queen en concierto, me habla de aquella época: «Conocí a Freddie justo en su unión a Smile. En la cocina de Tim. Parecía de etnia gitana, e iba vestido de seda. Era muy tímido. Soltó un “hola” y no habló más. Pensé “qué tío más extraño”».

El nombre de Smile desaparecería pronto, pero antes de entrar en esos detalles, Tim me contó que «el chico que interpreta a Freddie, Rami Malek, al que ya conocía de antes, hace un trabajo impresionante. Al menos en las escenas que he visto, que son las del Freddie más joven». Rami Malek considera que «la historia de Freddie es la de un inmigrante. Se notaba que había inseguridad en él, en cuanto a encontrar su propia identidad, y que no encajaba en ningún patrón».

En 1970, el año en que The Beatles se separan, Black Sabbath debuta, Pelé gana su último mundial y fallecen inesperadamente a los veintisiete años Jimi Hendrix y Janis Joplin, Freddie comenzaría a buscar su definitiva identidad tanto artística como personal. Todo junto a Brian May y Roger Taylor en Smile, banda a la que pronto Freddie le cambiaría el nombre. Sería el nacimiento de Queen.

## EL SUEÑO ROQUERO DE UN ASTROFÍSICO: LA «RED SPECIAL»

Nacido el 19 de julio de 1947, Brian May sería el único hijo de Ruth y Harold May. Harold, ingeniero electrónico, tenía un puesto en el Ministerio de Aviación. Brian heredó de su padre su maña de manitas. Le inscribieron en clases de piano. Al poco tiempo le regalarían un ukelele y una guitarra acústica.